

fosos que salian del extremo opuesto del desfiladero, y conforme iban avanzando, los gritos cada vez mas claros revelan la presencia de los franceses. Era Ney, que habiendo salido de Hohenlinden habia penetrado por la cabeza del desfiladero, llevándose por delante á la misma columna austriaca que Richepanse habia perseguido, atacándola por retaguardia.

Ney y Richepanse se juntan, se reconocen, y se abrazan locos de alegría al contemplar tan glorioso resultado. Los austriacos son atacados por todas partes, y al huir á los bosques, se arrojan á cada paso á los pies del vencedor. Se hacen millares de prisioneros y toda la artilleria y los bagajes quedaron en poder, de los franceses. Richepanse dejando á Ney el cuidado de recoger todos los trofeos ganados, vuelve á Mattenboett donde habia quedado el general Walther con una media brigada y un solo regimiento de caballeria. Allí encontró á aquel valiente general á quien llevaban en brazos sus soldados herido de un balazo, pero radiante el rostro de alegría, y recompensado de sus padecimientos con la satisfaccion de haber contribuido á una accion decisiva. Richepanse le salva del apuro en que se hallaba, y vuelve á San Cristobal donde habia dejado la brigada de Drouet que estaba peleando sola con las tropas de Riesch. Todas sus previsiones se verificaron en aquella jornada venturosa. El general Decaen habia llegado á tiempo para socorrer á la brigada de Drouet y rechazar á Riesch, despues de hacerle gran número de prisioneros.

Era ya medio dia. Envuelto por todas partes el centro del ejército austriaco, habia sucumbido

enteramente. La izquierda mandada por el general Riesch, habia llegado demasiado tarde para detener á Richepanse, y arrojada sobre el Inn por Decaen iba en completa retirada, despues de haber tenido pérdidas considerables. Con tales resultados en el centro y en la izquierda de los austriacos, el éxito de la jornada no podia ser dudoso.

Durante estos acontecimientos, las divisiones de Bastoul y Legrand situadas á la izquierda del llano de Hohenlinden, tenian sobre si á la infanteria de los generales Baillet-Latour y Kienmayer. Aquellas divisiones podian verse muy apuradas, siendo inferiores en una mitad al enemigo: el terreno que ocupaban era sumamente desventajoso, porque la entrada de la tierra llana por donde los austriacos desembocaban en la corta llanura de Hohenlinden, dominaba algun tanto á aquella llanura sin abrigo y permitia hacer fuego de arriba abajo; pero los generales Latour y Legrand que estaban á las órdenes del general Grenier se sostenian vigorosamente ayudados por el valor de sus aguerridos soldados. Por fortuna la reserva de caballeria de d' Hautpoul estaba allí para apoyarlos asi como la segunda brigada de Ney el cual habia penetrado con una sola en el desfiladero.

Abrumadas al principio las dos divisiones francesas por el número de enemigos, habian perdido un poco de terreno, y abandonando la ladera del bosque, se habian replegado á la llanura, pero con singular serenidad, y resistiendo heroicamente al enemigo. Dos medias brigadas de la division de Legrand, la 51.^a y la 42.^a que se habian dirigido sobre Harthofen, tenian que comba-

tir con la bateria austriaca de Kienmayer y ademas con una division de caballeria agregada á aquel cuerpo de ejército, unas veces haciendo fuego nutrido sobre la infanteria, y otras cargando con bayoneta calada sobre la caballeria, oponian á todos los ataques una invencible resistencia. En aquel momento llegando á noticia de Grenier el triunfo que habia alcanzado el centro, forma la division de Legrand en columna, dispone que sea apoyada por la caballeria de d' Hautpoul y hace retroceder á las tropas de Kienmayer hasta la entrada del bosque. El general Bonnet por su parte carga á los austriacos con una brigada de la division de Bastoul, y los arroja al valle de donde habian tratado de salir. Al mismo tiempo los granaderos de la brigada de Jola que era la segunda de Ney, caen sobre Baillet-Latour y le hacen retroceder. El impulso de la victoria comunicado á aquellos valientes soldados, duplica su valor y sus fuerzas. Finalmente nuestras tropas arrojan al cuerpo de Baillet-Latour sobre el Isen, y al de Kienmayer sobre Lendorf, terreno bajo y escabroso, de donde habian intentado en vano desembocar para invadir la llanura de Hohenlinden.

Moreau volvió en aquel momento del fondo del bosque con un destacamento de la division de Grangeau á fin de llevar socorros á su izquierda tan vivamente atacada. Pero allí como en todos los otros puntos encontró á sus soldados victoriosos enagenados de alegria, y felicitando á su general por tan brillante triunfo. El triunfo era brillante en efecto, pues mas trabajo costaba al ejército austriaco salir de los bosques, que le habia

costado penetrar en ellos. Véase en todas direcciones cuerpos extraviados que no sabiendo á donde huir caian en manos del ejército vencedor y rendian las armas. Eran las cinco, y ya la noche cubria con sus tinieblas el campo de batalla. El enemigo habia sufrido la pérdida de siete á ocho mil hombres entre muertos y heridos; habia dejado doce mil prisioneros en nuestro poder, y se le habian cogido trescientos carros y ochenta piezas de artilleria, resultados muy raros en la guerra. El ejército austriaco habia perdido en un dia cerca de veinte mil soldados, casi toda la artilleria, sus bagajes, y lo que mas que todo importaba, toda su fuerza moral.

Esta batalla es la mas brillante de cuantas dió Moreau, y seguramente una de las principales de este siglo que tan extraordinarias las ha visto. Se ha dicho injustamente que el vencedor de Marengo no fué el general Bonaparte sino el general Kellerman. Con mas razon podria decirse que no fué el general Moreau el vencedor de Hohenlinden, sino el general Richepanse; porque este, cumpliendo una orden algun tanto vaga, habia ejecutado una de las operaciones mas dificiles de la guerra. Sin embargo aunque este segundo aserto es menos injusto que el primero, no deja de serlo. Dejemos á cada cual la propiedad de sus obras, y no imitemos los tristes esfuerzos de la envidia que por todas partes busca otro vencedor en vez del verdadero.

Al adelantarse Moreau por el Inn desde Kufstein hasta Muhlendorf, sin haber escogido punto alguno determinado de ataque, sin haber concentrado en aquel punto todas sus fuerzas, ocupán-

dose exclusivamente en hacer puras y simples demostraciones, **habia** espuesto gravemente su izquierda en la **jornada** de 1.º de diciembre. Pero esto no podia pasar de una ventaja concedida por algunos momentos al enemigo; y con retirarse luego al fondo del laberinto de Hohenlinden, atrayendo á él á **los** austriacos y llevando oportunamente el **centro** sobre la izquierda desde Ebersberg á **Matte**nbott, habia ejecutado una de las mas acertadas operaciones conocidas en la historia de la guerra. Se ha dicho que Richepanse habia emprendido **su** marcha sin orden alguna, (1) lo cual no es cierto, pues la orden se habia espedido segun ya hemos dicho, pero de un modo general, y sin las suficientes esplicaciones. Nada de cuanto podia **acon**tecer se habia previsto, habiéndose limitado Moreau á prevenir á Richepanse y á **De**caen que se trasladasen desde Ebersberg á San Cristobal, sin designar el camino que habia de seguirse, **sin** proveer ni la presencia del cuerpo del ejército que mandaba Riesch, ni otro alguno de los **acc**identes posibles y hasta probables que podian ocurrir en medio de aquel bosque lleno por todas **part**es de enemigos; de manera que á no haber sido Richepanse un oficial de tanto mérito, habria podido facilmente sufrir un descalabro en vez de alcanzar un triunfo. Pero la fortuna tiene siempre gran parte en los sucesos militares. Todo lo **mas** que puede decirse, es que en esta ocasion fué **su** parte mucho mayor que lo es de costumbre.

(1) Napoleon lo dijo por equivocacion en Santa Elena. Las ordenes escritas existen, y se han impreso en el memorial de la guerra.

Se ha censurado á Moreau por que mientras combatia con seis divisiones á doce, hubiera dejado tres en el Danubio á las ordenes de Sainte-Suzanne y otras tres en las alturas del Inn, á las ordenes del general Lecourbe, obligando de esta suerte á su izquierda, mandada por el general Grenier, á pelear en la proporcion de uno contra dos. Esta censura es seguramente mas grave y merecida que la anterior; pero no empañemos tan magnífico triunfo, y tengamos presente, si hemos de ser justos, que en las acciones mejores de los hombres, hay siempre alguna mancha, y que en los mas brillantes triunfos hay algunas faltas, si bien de aquellas que repara la fortuna y las cuales es necesario admitir como condicion ordinaria de los hechos de armas mas insignes.

Despues de una victoria tan importante, era menester perseguir activamente al ejército austriaco, marchar sobre Viena, destruir, yendo adelante sin parar, á las tropas que defendian el Tirol, y provocar de esta manera un movimiento retrógrado en toda la linea de los austriacos desde la Baviera hasta la Italia, porque la retirada de las tropas del Inn habia de producir la de las tropas del Tirol, y la retirada de estas hacia inevitable el abandono del Mincio. Pero para obtener todos estos resultados era menester atravesar el Inn y despues el Salza, que precipitándose en el Inn forma una segunda linea que era necesario forzar despues de la primera. En aquellos momentos todo podia esperarse del gran impulso que habia recibido nuestro ejército á consecuencia de la jornada de Hohenlinden.

Despues que Moreau concedió algun descanso

á sus tropas, llevó su izquierda y parte de su centro al camino de Muhldorf, amenazando á un tiempo á los puentes de Kraiburgo, de Muhldorf y de Braunau con el objeto de hacer creer al enemigo que se proponia atravesar el Inn por su parte baja. Pero entre tanto Lecourbe, que algunos meses antes habia pasado el Danubio con tanta gloria en la jornada de Hochstett, estaba encargado de pasar el Inn con la derecha por las cercanias de Rosenheim. Este general habia descubierto un parage, el de Neubeurn, donde desde la orilla derecha que ocupábamos nosotros, se dominaba la orilla izquierda ocupada por el enemigo y donde se podia establecer ventajosamente la artilleria para proteger el paso. Elegido pues este punto, se perdieron por desgracia, muchos dias en juntar el material necesario, y Lecourbe no se halló en disposicion de obrar hasta el 9 de diciembre por la mañana, seis dias despues de la gran batalla de Hohenlinden.

Moreau habia llevado de repente su ejército á la altura del Inn. Las tres divisiones del centro se habian dirigido desde Wasserburgo á Aibling á corta distancia de Rosenheim y prontas á socorrer á Lecourbe. La izquierda las habia reemplazado en sus posiciones, y el general Collaud con dos divisiones del cuerpo de ejército que mandaba Sainte-Suzanne, se habia trasladado á Erding por delante del Isar.

El 9 de diciembre por la mañana (18 de febrero) comenzó Lecourbe los trabajos del paso del rio por delante de Neubeurn. La division de Montrichard era la primera que debia atravesar el Inn. El general Lemaire colocó en las alturas de

la orilla derecha una bateria de veinte y ocho cañones con los cuales barria cuanto se presentaba en la orilla izquierda; en cuya parte del Inn no habia mas que las tropas de Condé débiles en extremo para oponer una resistencia formal. Despues de haber alejado con un fuego continuo de artilleria á todos los destacamentos enemigos, los pontoneros se metieron en algunas barcas seguidas de algunos batallones escogidos que debian proteger los trabajos. En dos horas y media estaba ya echado el puente, y la division de Montrichard pudo comenzar á pasar por él. En seguida avanzó contra los austriacos que se pusieron en retirada y bajaron por la orilla derecha del Inn hasta enfrente de Rosenheim, tomando una fuerte posicion en Stephanskirchen. Durante este movimiento, las divisiones del centro situadas delante de Rosenheim, habian hecho los mayores esfuerzos para impedir que los austriacos destruyesen enteramente el puente de esta ciudad; pero no habiéndolo conseguido, volvieron á subir el Inn y le pasaron por Neubeurn, con el objeto de auxiliar á Lecourbe. El cuerpo que mandaba Condé, reforzado con algunos auxiliares, se apoyaba por una parte en el destruido puente de Rosenheim, y por la otra en el pequeño lago de Chiemm-Sée. Lecourbe hizo que un destacamento diese vuelta á este lago, y obligó al enemigo á retirarse despues de una resistencia poco sangrienta. Con el paso del Inn estaba ya vencido aquel formidable obstáculo, que segun se decia, debia detener al ejército francés. Lecourbe acababa de alcanzar nuevos laureles en la campaña de invierno. No por eso la marcha se de-

tuvo. Al dia siguiente se echó un puente delante de Rosenheim para que pasase el resto del centro. Grenier atravesó el Inn con la izquierda por los puentes de Wasserburgo y de Muhldorf que el enemigo habia abandonado sin destruirlos.

Preciso era apresurarse á arrojar los austriacos hasta las orillas de Salza que corre á espaldas del Inn y concluye con este rio un poco mas arriba de Braunau. El Salza es como un segundo brazo del Inn. Cuando se quiere atravesar el Inn cerca de las montañas, hasta cierto punto es necesario atravesarle dos veces, mientras que atravesándolo por los alrededores de Braunau despues que se ha unido con el Salza, no hay necesidad de pasarle mas que una. Pero en aquel caso su profundidad era mucho mayor, y por consiguiente superior tambien la dificultad de atravesarle á viva fuerza. Esta causa y el deseo de sorprender al enemigo, que no esperaba seguramente que los franceses intentasen pasar el rio por mas arriba de Rosenheim, habian decidido la eleccion de Moreau.

Lecourbe, apoyado en las divisiones del centro, adelantó rápidamente á pesar de todas las dificultades que le oponia aquel pais montuoso, y cortado á cada paso por bosques, rios y lagos; pais sumamente difícil de atravesar en todas ocasiones, pero mas difícil aun á mediados de diciembre. El ejército austriaco aunque quebrantado por tantos reveses, se sostenia sin embargo. La idea del honor alentada por el peligro que la capital corria, le movió á hacer todavia nobles esfuerzos para detenernos. La caballeria austriaca

ca cubria la retirada, cargando vigorosamente á las tropas francesas que avanzaban con demasiada temeridad. Entre tanto se verificó el paso del Alz, que lleva sus aguas desde el lago de Chiem See al Inn; se atravesó el Traunstein, y llegamos por fin junto al Salza no lejos de Salzburgo.

Todavia teniamos una fuerte posicion que ocupar en el mismo Salzburgo. El archiduque Juan juzgó que podia concentrar allí sus tropas, esperando proporcionarles un triunfo que alentase su valor y contuviese un poco la atrevida persecucion de los franceses. Efectivamente el 13 de diciembre (22 de frimario) concentró sus fuerzas en aquel punto.

La ciudad de Salzburgo está situada sobre el Salza. Antes de llegar á este rio corre otro pequeño, el Saal que bajando de los montes vecinos, viene á juntarse con el Salza mas abajo de Salzburgo. El terreno que media entre ambas corrientes, es llano, pantanoso, cubierto de bosquesillos, y de un acceso sumamente difícil por todas partes. Aquí fué donde tomó posicion el archiduque Juan, teniendo su derecha en el Salza, en los montes su izquierda, y el frente cubierto por el Saal. Su artilleria alcanzaba á todo aquel llano. La caballeria formada, en las partes descubiertas y sólidas de aquel terreno, estaba pronta á cargar á los cuerpos franceses, que se atreviesen á tomar la ofensiva. La infanteria se apoyaba sólidamente en la ciudad de Salzburgo.

En la mañana del 14, Lecourbe, llevado de su entusiasmo pasó el Saal por un vado, resistió valerosamente á muchas cargas de caballeria en

los arenales que rodean el río; pero disipándose á poco la espesa niebla que ocultaba la llanura vió delante de Salzburgo una línea formidable de caballería, artillería, é infantería. Era el ejército austriaco entero. A vista de aquel peligro se condujo con mucha serenidad, pero tuvo algunas pérdidas.

Por fortuna la división de Decaen atravesaba en aquel momento el Salza hacia Laufen, casi milagrosamente. El día anterior hallando destruido el puente de Laufen, la vanguardia de esta división, había recorrido las orillas del Salza, cubiertas por todas partes de guerrillas enemigas procurando encontrar paso, y al descubrir una barca en la orilla opuesta, se arrojaron al agua tres cazadores de la 14.^a, y llegaron á nado hasta la otra orilla, á pesar de un frío intensísimo, y de una corriente mucho más rápida que la del Inn. Después de haber peleado cuerpo á cuerpo con muchos tiradores austriacos lograron apoderarse de la barca y llevársela consigo. Sirviéronse de ella algunos centenares de franceses para pasar sucesivamente á la orilla opuesta, y apoderándose de un pueblo muy cercano al destruido puente de Laufen, se habían parapetado de tal manera, que bastaba escaso número de ellos para defenderle. Los demás habían caído sobre la artillería austriaca, y apoderándose de ella y de todas las barcas que había en la orilla derecha del Salza proporcionaron de esta suerte medios de transporte á la división que había permanecido en la orilla izquierda. Al día siguiente 14 por la mañana, toda la división de Decaen pasó el río, y avanzando hasta Salzburgo llegó en el momento

mismo en que Lecourbe se encontraba solo y empeñado con todo el ejército austriaco. Era imposible llegar más á tiempo. El archiduque, sabedor del paso de los franceses y de su marcha sobre Salzburgo, se apresuró á levantar el campo, viéndose de esta manera Lecourbe libre del grave peligro á que le habían espuesto la casualidad y su atrevimiento.

Todos los puentes enemigos del Inn y del Salza habían caído en nuestro poder. Desde este momento ningún obstáculo amparaba ya al ejército austriaco, ni podía darle fuerzas para resistir al ejército francés. Quedaban, es cierto, en el Tirol veinte y cinco mil hombres que habrían podido amenazar nuestra retaguardia; pero las tentativas atrevidas solo pueden ser ejecutadas sin temor por un ejército victorioso cuando está el enemigo lleno de desaliento. Moreau, después de haber dejado atrás el cuerpo del ejército que mandaba Sainte-Suzanne, para que sitiase á Braunau, y ocupase el espacio comprendido entre el Inn y el Isar, alentado por las ventajas que á cada paso obtenía, marchó sobre el Traun y el Enns, que no eran más capaces de detenerlo. Richepanse formaba la vanguardia sostenido por Grouchy y Decaen. Entretanto los austriacos se retiraban en desorden, dejándose atrás hombres, carros y cañones de que se apoderaron nuestros soldados. Richepanse dió brillantes combates en Frankenmarkt, en Vöcklabruck y en Schwanstadt, y como acosaba sin cesar á la caballería austriaca, le llegó á coger hasta mil doscientos caballos de una vez. El 20 de diciembre (29 de frimario) habíamos pasado el Traun, y marchamos sobre

Steyer para atravesar el Ens por aquel punto.

El jóven archiduque Juan, á quien tantos desastres habian desanimado enteramente, acababa de ser reemplazado por el archiduque Carlos, que habiendo recobrado su antiguo favor le habian confiado una empresa ya imposible; la de salvar el ejército austriaco. Al llegar á su destino vió con dolor el espectáculo que le presentaban aquellos soldados del imperio, los cuales despues de haber resistido noblemente á los franceses, pedian que no se los sacrificase mas á una política funesta, y universalmente reprobada. En su consecuencia comisionó á Mr. de Meerfeld para que avistándose con Moreau le propusiese un armisticio. Moreau consintió en concederle cuarenta y ocho horas, con la condicion de que en este tiempo volveria de Viena aquel oficial con poderes del emperador; pero estipulando al mismo tiempo que el ejército francés podria en aquel intervalo adelantarse hasta Ens.

El 21 pasó el Ens por Steyer, y sus avanzadas se presentaron sobre el Ips y el Erlaf. Ya á las puertas de Viena podia Moreau caer en la tentacion de entrar en ella, para tener la gloria que ningun general francés habia tenido hasta entonces, de penetrar en la capital del imperio. Pero la moderacion de Moreau no consentia llevar la fortuna á su último extremo. Por otra parte el archiduque Carlos le habia dado su palabra de que no se suspenderian las hostilidades, sino para tratar inmediatamente de la paz con las condiciones que constantemente habia exigido la Francia, siendo la principal de ellas la de una negociacion por separado. Moreau que profesaba una esti-

macion justa á aquel príncipe, se manifestó dispuesto á creer en su palabra.

Muchos de sus lugartenientes le aconsejaron emprender la conquista de Viena.—Vale mas, les respondió Moreau, conquistar la paz.... No tengo noticias de Macdonald ni de Brune; ignoro si el uno ha conseguido penetrar en el Tirol, ó si ha logrado el otro atravesar el Mincio. Augereau está muy distante de aqui y muy comprometido; acaso no haria mas que llevar á los austriacos á un extremo desesperado tratando de humillarlos. Mejor es que nos detengamos y nos contentemos con la paz, pues que por ella sola peleamos.—

Estos pensamientos eran prudentes y loables.

El 25 de diciembre (4 de nivoso del año IX), consintió Moreau en firmar en Steyer otra suspension de hostilidades con las condiciones siguientes: Habian de cesar desde luego las hostilidades en Alemania entre los ejércitos austriacos y los franceses mandados por Moreau y Augereau. Los generales Brune y Macdonald, debian recibir la invitacion de firmar un armisticio semejante para los ejércitos de los Grisonos y de Italia. Entregábanse á los franceses todo el valle del Danubio con inclusion del Tirol, y además las plazas de Braunau, Wurtzburgo y los fuertes de Scharnitz y de Kufstein, etc.... Los almacenes austriacos quedaban tambien á su disposicion; y no podia enviarse á Italia clase alguna de tropa, si llegaba á suceder que los generales que operaban en aquel territorio no admitiesen la suspension de las hostilidades. Esta disposicion era comun á ambos ejércitos.

Moreau se dió por satisfecho con estas condi-

ciones, contando no sin razon con la paz, y prefiriéndola á triunfos mas brillantes, pero tambien mas arriesgados. Su nombre habia adquirido nueva gloria, porque su campaña de invierno habia sobrepujado á la de la primavera. Despues de haber pasado el Rhin en aquella primera campaña, y de haber hecho retroceder á los austriacos hasta el Danubio, mientras el primer consul atravesaba los Alpes; despues de haberlos desalojado luego de su campamento de Ulma con la batalla de Hochstett y de haberlos arrojado sobre el Inn, Moreau habia descansado en la mejor estacion, y emprendiendo de nuevo su marcha en invierno en lo mas riguroso del frio, los habia abrumado en Hohenlinden, arrojándolos desde el Inn hasta el Salza, y desde el Salza hasta el Traun y el Ens, y llevándolos en desorden hasta las puertas mismas de Viena. En fin, al detenerse á algunas leguas de la capital, les concedia el tiempo necesario para firmar la paz. Sin duda su conducta no estuvo exenta de irresolucion, de lentitud y de otras faltas que jueces severos han censurado despues amargamente, como para vengar en la memoria de Moreau las injusticias cometidas contra la de Napoleon; pero al lado de estas mismas faltas habia triunfos indisputables, sostenidos y justificados por una conducta prudente y firme. Débense respetar las glorias de todos, y no destruir la de uno para vengar la de otro. Moreau habia sabido mandar á cien mil hombres con vigor y prudencia; nadie, escepto Napoleon, se portó tan bien en aquel siglo; y si el puesto del vencedor de Hohenlinden está á inmensa distancia del que tocó al vencedor de Ri-

voli, de Marengo y de Austerlitz, fué sin embargo un puesto muy glorioso, y habria continuado siéndolo, si estravios criminales, funesto resultado de la envidia, no hubiesen manchado despues una vida noble y pura hasta entonces.

El armisticio de Alemania venia á tiempo para librar de su arriesgada posicion al ejército galo-bátavo mandado por Augereau, porque el general austriaco Klenau, que habia permanecido siempre á gran distancia del archiduque se habia unido de pronto á Simbschen, poniendo en peligro á Augereau con tal reunion de fuerzas. Pero habiendo este defendido valerosamente á Rednitz, habia conseguido así poner término á las hostilidades. La retirada de los austriacos á Bohemia le sacaba de apuro, y el armisticio le ponía á cubierto de los peligros de una posicion demasiado desnuda de apoyo, pues Moreau se encontraba á las puertas de Viena.

Durante estos acontecimientos en Alemania, continuaban las hostilidades en los Alpes y en Italia. Viendo el primer consul desde el principio de la campaña que no tenia Moreau necesidad del ejército de los Grisonos, habia mandado á Macdonald que atravesase el Splugen, dirigiéndose á la Valtelina por la gran cordillera de los Alpes, desde la Valtelina al Tirol italiano, encaminándose luego á Trento, y salvando de esta manera la linea del Mincio, con el objeto de lograr por medio de esta maniobra, que no pudieran hacer resistencia los austriacos sino en la llanura de Italia. Ninguna objeccion, deducida de la altura de Splugen ó del rigor de la estacion, habian podido hacer vacilar al primer consul, quien cons-

tantemente habia dicho que, por donde quiera que pudieran poner el pie dos hombres, podia tambien pasar un ejército; y que era mas facil atravesar los Alpes durante los hielos, que cuando las nieves comienzan á derretirse, época en que él mismo habia atravesado el monte de San Bernardo. De este modo suele racionar un hombre de carácter absoluto que á toda costa pretende conseguir su objeto; y los resultados demostraron que en las montañas presentaba el invierno peligros iguales por lo menos á los de la primavera, y que además condenaba á los hombres á horribles padecimientos.

El general Macdonald se decidió á obedecer las órdenes del primer consul y lo hizo con toda la energía de su carácter. Despues de haber dejado la division de Morlot en los Grisones, para que guardase las desembocaduras que abren paso desde los Grisones á la Engadina (valle alto del Inn), se aproximó al Splugen. Hacia algun tiempo que la division de Baraguay-d' Hilliers estaba en la Valtelina superior amenazando á la Engadina por la parte de Italia, mientras Morlot la amenazaba por la de los Grisones. Macdonald comenzó su movimiento y subió las primeras cuestas del Splugen con el grueso de su ejército formado de unos doce mil hombres. El paso de aquella alta montaña, angosto y torcido en una cuesta de muchas leguas, presentaba los mayores peligros especialmente en aquella estacion en que frecuentes tormentas embarazaban el camino con montones enormes de nieve y hielo. Iban la artillería y las municiones en carretones, y los soldados cargados de galleta y cartuchos. La primera columna com-

puesta de caballería y de artillería emprendió el paso en un tiempo hermoso: pero de repente la sorprendió una tempestad terrible. Un enorme alud desprendido de la montaña, se llevó tras sí toda una mitad de un escuadron de dragones y llenó de terror á las tropas; pero sin embargo nadie se desalentó; y habiendo cesado la tormenta tres dias despues, se trató otra vez de atravesar aquel espantoso monte que la nieve habia puesto casi intransitable. Iban delante para abrir paso muchos bueyes que al pisar la nieve se hundian hasta el pecho; apisonabanla despues fuertemente multitud de trabajadores y la infantería al pasar por encima de ella acababa de darle mas solidez: y por último los zapadores ensanchaban los pasos mas estrechos rompiendo el hielo á hachazos. Todo estos trabajos fueron necesarios para dejar el camino transitible á la caballería y artillería. Los primeros dias de diciembre se emplearon en el paso de las tres primeras columnas, soportando los soldados estos terribles trabajos con paciencia admirable y alimentándose de galleta y un poco de aguardiente. La cuarta y última columna iba ya á llegar á la cumbre del puerto, cuando nueva tormenta vino á cerrarle el paso, dispersando completamente la media brigada 104.^a y sepultando á un centenar de hombres. El general Macdonald que estaba allí reunió sus soldados, los alentó contra el peligro y contra los padecimientos, hizo abrir de nuevo con inauditos esfuerzos la senda obstruida por el hielo, y desembocó finalmente en la Valtelina con todo el resto de sus tropas.

Esta tentativa verdaderamente extraordinaria, habia llevado mas allá de la gran cordillera y á

la entrada misma del Tirol italiano, á la mayor parte del ejército de los Grisones. El general Macdonald, siguiendo las órdenes que habia recibido, trató de ponerse de acuerdo con Brune desde que pasó el Splugen, para trasladarse al nacimiento del Mincio y del Adige, y arrojarle de esta manera sobre toda la línea defensiva de los austriacos, que se estendia desde los Alpes hasta el Adriático.

No quiso Brune desprenderse de una division entera para ayudar á Macdonald, pero consintió en destacar la division italiana de Lecchi que debia subir desde el valle de la Chiesa hasta la Rocca de Anfo.

Al subir á la Valtelina Macdonald trató de atacar el monte Tonal que sirve de entrada al Tirol y al valle del Adige; pero aunque la altura de este sitio era menor que la de Splugen, estaba el hielo completamente amontonado; y ademas el general Wukasowich habia rodeado de fortificaciones las principales avenidas del monte Tonal. El 22 y el 23 de diciembre el general Vandamme dió principio al ataque á la cabeza de un cuerpo de granaderos, y lo renovó muchas veces con valor heróico. Sus valientes soldados hicieron esfuerzos increíbles pero inútiles. Marchando muchas veces por el hielo, y á descubierto bajo un fuego mortífero, llegaron hasta las empalizadas de las trincheras, y aunque trataron de arrancarlas, no pudieron conseguirlo á causa de estar el terreno helado. Siendo inútil toda obstinacion resolvieron trasladarse al valle del Oglio bajando por él hasta Pisogno, y dirigirse en seguida al valle de la Chiesa, para atravesar de este mo-

do los montes en una region menos elevada, y por caminos menos defendidos. Habiendo llegado Macdonald hasta Pisogno, atravesó las gargantas que le separaban del valle de la Chiesa, se reunió con la brigada de Lecchi junto á la Rocca de Anfo y se encontró fuera de los obstáculos que le separaban del Tirol italiano y del Adige. Ya entonces podia muy bien llegar á Trento, antes de que el general Wukasowich se hubiese retirado de las alturas del monte Tonal, y tomar posiciones entre los austriacos que defendian en la mitad de los Alpes el nacimiento de los rios, y los que defendian su curso inferior en las llanuras de Italia.

Antes de intentar Brune el paso del Mincio, habia esperado á que Macdonald adelantase bastante en sus operaciones, á fin de que los ataques fuesen casi simultáneos en las montañas y en la llanura. De ciento veinte y cinco mil hombres que habia repartidos por Italia, cien mil eran, como ya hemos dicho, soldados útiles, experimentados y recobrados de sus padecimientos; la artilleria estaba perfectamente organizada por el general Marmont, y la caballeria escelente. Veinte mil hombres poco mas ó menos defendian el Piemonte, la Lombardia, la Liguria y la Toscana. Una escasa brigada, mandada por el general Petitot, observaba las tropas austriacas que habian salido de Ferrara y amenazaban á Bolonia. La guardia nacional de esta última ciudad estaba pronta á defenderse contra los austriacos. Los napolitanos venian atravesando de nuevo los Estados romanos, marchando contra la Toscana; pero Murat les salió al encuentro con los diez mil hom-